



Texto Ilustraciones
Lucía Hernández Luis Domínguez

Las preguntas de Elisa

Gracias a quienes, de pequeños,
nos contaban cuentos y respondían
a nuestras preguntas

Lucía y Luis



Fundación para el Desarrollo de la Enfermería (FUDEN)
Calle de Veneras, nº 9, 1ª planta
28013 Madrid
Tel: +34 915482779 Fax: +34 915423018
E-mail: fuden_cooperacion@fuden.es
www.fuden.es / www.lasaluddelaspoblaciones.es

Coordinación general de la obra: Nuria Pernía y Osvaldo De Negri
Texto: Lucía Hernández
Ilustraciones: Luis Domínguez

ISBN: 974-84-92557-58-5

Depósito Legal: M-7327-2009

Impresión: SSAG, S.L
Calle Lenguas, 14, 3ª
28021 Madrid – Tel.: 917973709

Todos los derechos reservados.

ÍNDICE



1.- ¿En qué somos diferentes?



2.- ¿Qué es eso de los Derechos Humanos?



3.- ¿Qué quiere decir comercio justo?



4.- ¿Qué podemos hacer para cuidar nuestro planeta?



5.- ¿Cambiar el cuento?

¿EN QUÉ SOMOS DIFERENTES?



¡Hola! Me llamo Elisa, y aunque soy la más pequeña de mi casa, me doy cuenta de muchas cosas y siempre se me ocurren un montón de preguntas. Algunas se las pregunto a mis padres, otras a mi hermano mayor, Dani, y también le hago muchas preguntas a mi profe, que se llama Alba y sabe un montón.

Hace poco, vino una familia nueva a vivir al piso de arriba y hay una niña que viene a mi colegio pero siempre está sola en el patio cuidando de su hermano pequeño.





Un día, en el recreo, Inés, Diego y yo nos acercamos a ella, que estaba comiendo el bocadillo junto a su hermano y sin jugar con nadie.



- ¿Cómo te llamas? –pregunté.
- ¿Quién yo?
- ¡Pues claro! –exclamó Diego.
- Mi nombre es Mayalí, y éste es mi hermano pequeño, Pando.
- ¿Mayalí? ¡Pues vaya nombre más raro! –se le ocurrió decir a Inés, sorprendida.
- A mí me parece muy bonito... –añadió Diego haciendo que Mayalí se pusiera un poco colorada.

Dijimos a Mayalí y a su hermano si querían jugar con nosotros y la verdad es que lo pasamos muy bien los cinco.



Por la noche les conté a mi padres que había estado jugando con la niña de arriba y les pregunté si sabían que nuestra vecina se llama Mayalí y su hermano Pando, y que además tienen otros dos hermanos más mayores, una chica que es como Dani y otro más mayor que ya no va a la escuela. Cuando me fui a dormir les pregunté también:

- ¿Por qué los niños del colegio no juegan con Mayalí y su hermano?

Mi papá se rascó la cabeza y miró a mi mamá, que contestó:

- No lo sé muy bien, Elisa. Tal vez porque son diferentes. Y ahora a dormir. Buenas noches.

¿En qué son tan diferentes? Me preguntaba yo.



Al día siguiente se lo pregunté a mis amigos:

- Porque tienen la piel oscura, ¿no lo ves? –contestó Diego. ¡Cómo si no me hubiera fijado!

- No, por eso no puede ser, porque si no, cuando vuelves de la playa y estás moreno nadie querría jugar contigo –se le ocurrió de nuevo a Inés. Y Diego y yo nos echamos a reír con sus ideas.



- Ya sé lo que haremos, vamos a preguntarles a ellos y así resolveremos la cuestión nosotros solos.

Así que en el recreo fuimos de nuevo al rincón donde siempre estaban Mayalí y Pando y empezamos a hacerles preguntas realmente importantes para saber por qué eran diferentes.

- Mayalí, ¿tú por qué crees que somos diferentes?
- La verdad es que no lo sé muy bien...
- ¡Pues vamos a descubrirlo!
- Umm... ¡ya lo tengo! –comenzó Inés, tan rápida como siempre-. ¿A ti te gusta que tu papá te cuente un cuento antes de dormir?

- Pues claro que nos gusta –se animó a decir Pando-. Mi papá sabe un montón de cuentos de animales.

- A mí también me encanta que mi mamá me lea libros antes de dormir –dije yo-, así que esa no puede ser la diferencia.

- ¡Se me ocurre otra cosa! –esta vez era Diego el que preguntaba-. ¿A vosotros os gusta la sopa? Porque a mí no me



gusta nada, pero mi mamá me hace comerla cada vez que la pone para comer.

- A mí me encanta la sopa, pero no me gusta nada el pescado y mi papá también me hace comerlo cuando lo pone para cenar –contestó ahora Mayalí.

- A mí también me obligan a comer de todo, así que esa tampoco debe ser la diferencia –concluyó Inés, un poco cansada de buscar diferencias con unos niños que le parecían exactamente iguales a ella y sus amigos.

- ¿Os gusta reír y jugar?
- Pues claro.
- Cuando te pones triste, o te duele la tripa ¿te entran ganas de llorar?
- Sí, y no me gusta nada estar triste ni enfermo.

Los cinco nos quedamos en silencio pensando en todas las cosas que teníamos en común.

- Pues ahora sí que no se me ocurre nada más –terminó Diego.

- Entonces está claro: entre Mayalí y yo hay las mismas diferencias que entre cualquiera de nosotros, así que no veo por qué no podemos jugar juntos todos los días—, dije yo para concluir.

- ¡Qué bien! ¡Nos vamos a divertir mucho los cinco!



¿QUÉ ES ESO DE LOS DERECHOS HUMANOS?

Ayer, cuando llegamos a casa después del cole, Dani y yo nos pusimos a hacer los deberes después de merendar, como todos los días.

Yo siempre termino los deberes antes que mi hermano, así que cuando acabé fui a su habitación:

- Dani, ¿qué estás haciendo? ¿Jugamos a algo?

- Ahora no puedo, estoy haciendo un trabajo que me ha mandado mi profe.

- ¿Y de qué es el trabajo?

- Es sobre los Derechos Humanos.





- ¿Los Derechos Humanos? ¿Y eso qué es?
- Elisa, siempre estás haciendo preguntas. Luego te lo explico más despacio, pero ahora déjame terminar que ya es un poco tarde.

¿Por qué los mayores nunca quieren contestarme?, me preguntaba yo de nuevo. Mañana se lo preguntaré a Alba en clase.

Así, al día siguiente, después de corregir los deberes, Alba nos dijo si teníamos alguna pregunta:

- Profe, ¿qué es eso de los Derechos Humanos?
- Esa es una pregunta muy interesante, Elisa, ¿Habéis oído hablar de los Derechos Humanos? –nos preguntó a todos.
- Pues claro, casi todos los días en el telediario –dijo Diego.
- Muy bien, Diego. ¿Y alguien sabe explicar lo que son?
- Yo no sé muy bien lo que son, pero sé que unos países los tienen y otros no, y por eso salen en la tele –contestó Inés.



- Tiene razón Inés. Los Derechos Humanos son algo que todas las personas del mundo: hombres, mujeres, niños y niñas deberían tener, y sin embargo no es así.

Lo que Alba nos estaba contando nos tenía a todos muy interesados, así que se acercó a la estantería, cogió la bola del mundo y continuó explicando:

- Hace ya muchos años, en 1948, las Naciones Unidas se pusieron de acuerdo para poner por escrito algunas de las cosas a las que, como os he dicho, todas las personas del mundo deberían tener derecho.

Sin embargo, hay algunas zonas del mundo donde esos derechos aún no se respetan, como por ejemplo aquí, en África; o aquí, en América del Sur, pero también en Asia y muchos lugares más –siguió Alba, señalando en el mapa dónde se encontraban esas regiones.

- Vosotros, los niños y niñas, también sois personas, pero como sois muy importantes para el futuro y además, cuando sois pequeños no podéis defenderos solos ante los mayores, también se escribieron los Derechos de Niño.

- ¡Seguro que ahí pone que tenemos derecho a jugar! –exclamó Fernán, que se sienta al lado de Inés y sólo piensa en jugar a todas horas.





- Pues sí, en cierto modo también dice eso –sonrió Alba con la ocurrencia de Fernán–. Lo que dicen los Derechos del Niño es que tenéis derecho a tener una familia, a comer cada día y no pasar hambre, a ir a la escuela, a que no os obliguen a trabajar, a que os cuiden cuando estáis enfermos y muchas otras cosas más.

- Profe, me parece que te estás confundiendo –interrumpió esta vez Inés–. Los niños no trabajamos, sólo vamos al colegio y hacemos los deberes, pero no vamos a trabajar como los mayores.

- Eso no ocurre en todos los países, Inés. En los lugares que os he mostrado antes en el mapa hay muchos niños que se ven obligados a hacer trabajos muy duros como ir a las minas, trabajar en fábricas o incluso luchar en guerras. ¿Os imagináis cómo puede ser vivir así?

Nos quedamos en silencio.

A todos nos habían impresionado mucho las explicaciones de Alba y cada uno nos imaginábamos lo duro que sería ir a una fábrica cada día o cavar en una mina hasta que se hiciera de noche y no queríamos ni pensar en las guerras.

Me fui a dormir un poco triste pensando en los niños de los que habíamos hablado en el cole, y también en la suerte que tenía al no haber nacido en los lugares que Alba nos había enseñado.

Esa noche soñé que ya era mayor y se me ocurrían un montón de buenas ideas para hacer que todo eso cambiara.



¿QUÉ QUIERE DECIR COMERCIO JUSTO?

Los viernes por la tarde me dejan quedarme a jugar con mis amigos en el parque del barrio, y luego, cuando empieza a hacerse de noche, mi papá viene a buscarme y vamos juntos a la tienda de Rodolfo.

A mí me gusta ir a la tienda de Rodolfo porque, además del café que compra mi papá, también tiene chocolate y a veces me da un trocito y está buenísimo.


Un día, mientras íbamos de camino a comprar el café, le pregunté a mi padre:





- Papá, ¿por qué siempre compras el café donde Rodolfo?
- Porque a mamá y a mi nos encanta ese café y, además, porque Rodolfo vende café de comercio justo.
- ¿Y qué quiere decir comercio justo?
- Mira, ya hemos llegado, puedes preguntárselo a Rodolfo, que es el especialista.
- ¡Hola Rodolfo! –dije yo nada más entrar.
- ¡Hola Elisa! ¿Qué tal, Luis? –saludó también Rodolfo.
- Muy bien, gracias. Le estaba diciendo a la curiosa de Elisa, que tal vez tú podrías responder a una de sus preguntas.
- Lo intentaré, ¿de qué se trata?
- Yo sólo quería saber qué quiere decir comercio justo.

Rodolfo me miró con una sonrisa mientras sacaba de debajo del mostrador una hoja de papel de un periódico viejo y un cuenco enorme lleno de monedas de chocolate, y me dijo:



- Como veo que además de curiosa eres una niña muy inteligente, te lo voy a explicar con un ejemplo.

Rodolfo cogió una moneda de chocolate en su mano y le dio el resto a mi padre. Yo les miraba sin entender nada, pero Rodolfo me preguntó:

- ¿Tú sabes hacer barquitos de papel? –yo le dije que sí, muy orgullosa porque mi padre me había enseñado a hacerlos en las vacaciones. Rodolfo me dijo que hiciera uno con el papel de periódico y continuó con su ejemplo:

- Resulta que yo no sé hacer barquitos de papel, pero me gustaría tener uno, así que te lo compraré a ti a cambio de esta moneda de chocolate. ¿Qué te parece?

- Muy bien ¡me encanta el chocolate!



Terminé el barquito de papel y se lo di a Rodolfo, que me dio a cambio una moneda de chocolate como me había dicho.

- ¿Y eso es todo? –pregunté de nuevo.

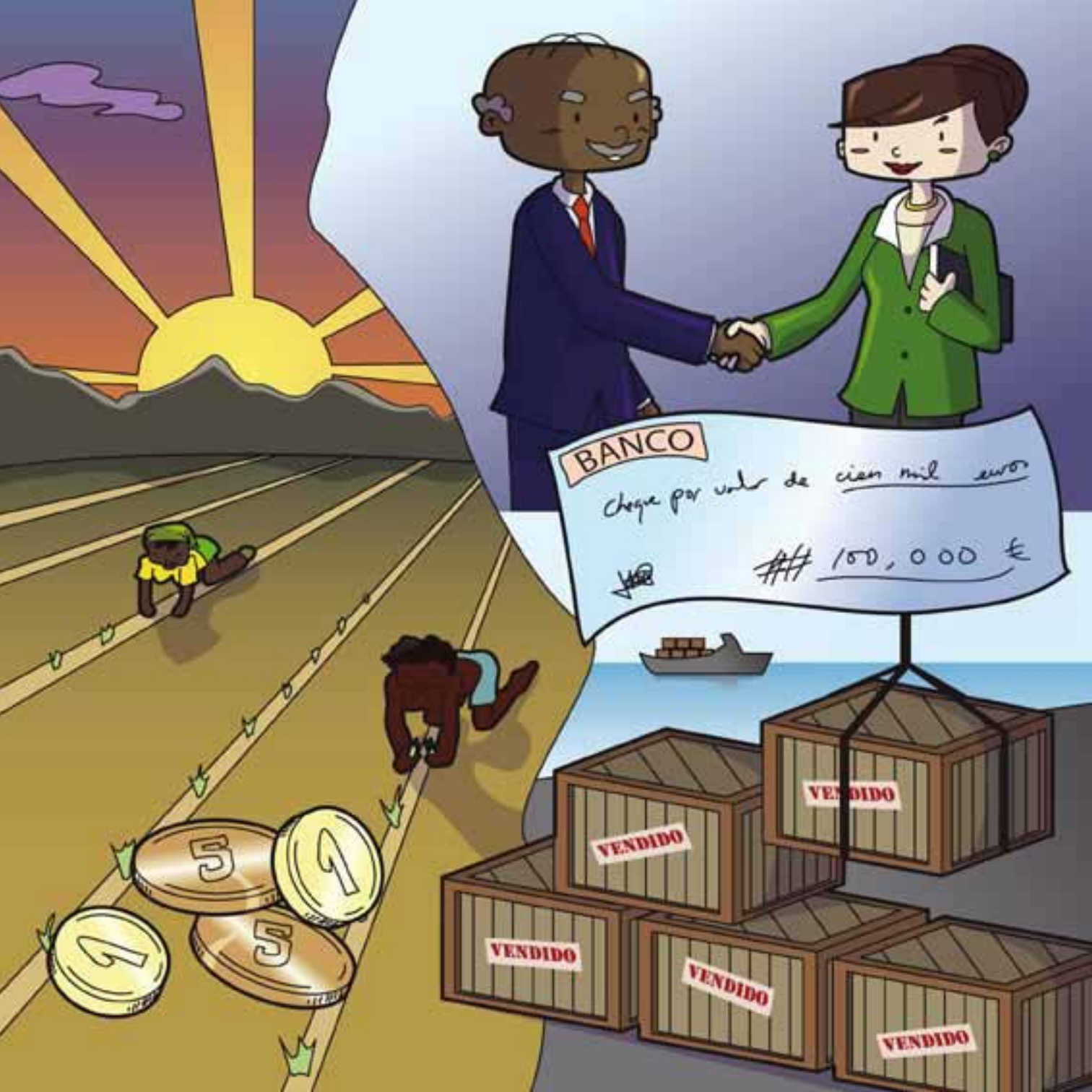
- Verás, ahora resulta que yo no quería el barquito para mí, sino que, en realidad, lo quería para vendérselo a tu papá. Así que se lo venderé si él me da a cambio cien monedas de chocolate.



Mi padre le dio las monedas a Rodolfo y éste se las cambió por mi barco.

De repente me di cuenta de que yo sólo había conseguido una moneda de chocolate, mientras que Rodolfo se había quedado con todas las demás, y exclamé:

- ¡Pero eso no es justo! Yo soy la que ha hecho el barquito y sólo tengo una moneda de chocolate y tú no hiciste nada y ahora tienes cien.



- ¡Ja, ja, ja! Veo que te has enfadado un poco porque gracias a tu trabajo yo haya ganado todo este chocolate y tú sólo esa moneda. Rió Rodolfo, que parecía divertido con mi enfado. Pero después se puso un poco más serio y continuó:

- Ahora imagina que en vez de hacer barquitos, tu trabajo fuera cultivar café y que las monedas de chocolate fueran dinero de verdad. Ese intercambio se llama comercio, y lo que yo he hecho contigo no es justo, porque, como tú dices, lo que has obtenido a cambio de tu trabajo es muy poco en comparación con lo que he ganado yo. Esto sucede en realidad en muchos lugares, y hace que muchos campesinos y agricultores continúen siendo pobres a pesar de trabajar horas y horas en el campo.

- Pero tú no haces eso, ¿verdad?

- ¡Claro que no! Esa es la diferencia: lo que vendemos en nuestra tienda procede de un comercio justo. Es decir, que se ha pagado un salario, precisamente justo, a cada una de las personas que han intervenido en todo el proceso necesario desde que se planta la semilla del café hasta que termina en la taza de tu papá.

Después de eso, Rodolfo me contó que además del café, hay otros alimentos que proceden del comercio justo, como el cacao, y me regaló otra de sus monedas de chocolate.

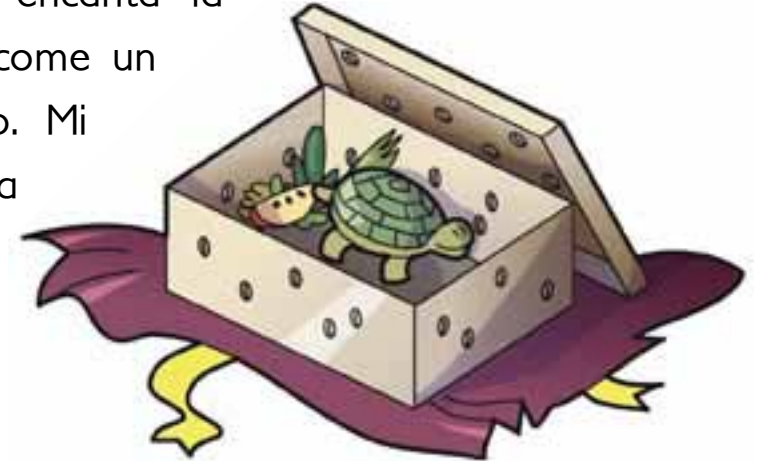
Mientras volvíamos a casa, con mis monedas de chocolate y mi barco de papel, me puse a pensar en todo lo que había aprendido ese día sobre el comercio justo y me alegré mucho de que mis padres compraran el café donde Rodolfo.



¿QUÉ PODEMOS HACER PARA CUIDAR NUESTRO PLANETA?

Hoy Mayalí nos ha contado que está un poco triste porque su tortuga, que se llama Casiopea, lleva unos días sin comer y no sabe por qué.

- ¿Y qué comen las tortugas? –le pregunté a Mayalí.
- A Casiopea le encanta la lechuga, aunque también come un poco de carne y pescado. Mi madre algunas veces le da trocitos de jamón, pero estos días tampoco quiere ni probarlo.



- ¡Pues sí que tiene que estar enferma para no querer jamón! –exclamó Inés terminando el último mordisco de su bocadillo.

- ¿Y por qué no la llevamos a que la vea Olaya? –se le ocurrió a Diego de repente.

- ¿Quién es Olaya? –quiso saber Mayalí.

- Es la veterinaria que se ocupa de Ricky, el perro de Diego –contesté yo.

- Esta tarde tengo que ponerle la vacuna a Ricky, así que podemos ir todos juntos y estoy seguro de que Olaya averigua lo que le pasa a Casiopea.

A Diego le encantan los animales y de mayor le gustaría ser veterinario como Olaya, por eso siempre busca alguna excusa para ir con Ricky y preguntarle un montón de cosas sobre animales.

A las seis de la tarde estábamos todos en la clínica y Olaya ya nos estaba esperando.

- ¡Hola chicos! ¡Hacía mucho tiempo que no veníais a hacerme una visita! Y además veo que habéis aumentado la





pandilla –nos saludó muy contenta Olaya.

- Pues sí, y ahora, además de Ricky, ¡traemos una tortuga!
–dijo Diego, señalando la caja donde Mayalí traía a Casiopea.

Olaya les preguntó que cuál era el problema y escuchó atentamente lo que Mayalí y Pando le contaban sobre Casiopea. Después la cogió entre sus manos y la observó con cuidado inspeccionando la cabeza, las patas y el caparazón por los dos lados.

Los cinco esperábamos impacientes. Olaya volvió a dejar a Casiopea en su caja y anunció:

- Casiopea está perfectamente, lo que le pasa es que está hibernando.

- ¿Hibernando? –preguntamos todos a la vez.

Olaya sonrió y nos explicó:

- Algunos animales, como las tortugas o los osos polares, se pasan todo el invierno sin comer y casi dormidos, hasta que llega de nuevo la primavera y se despiertan con el calor del sol. Esto se llama hibernar.

- ¿Y qué podemos hacer? –preguntó Mayalí un poco más aliviada.



- La solución de Casiopea es fácil, pero ¿cómo vamos a cuidar nosotros el medio ambiente de los osos polares? –preguntó Diego intrigado.

- La mejor solución es buscarle un sitio en la casa donde tenga la luz suficiente para que cuando empiece de nuevo el buen tiempo se despierte y vuelva a comer como antes. Hibernar es tan necesario para algunos animales que, si no lo hacen, pueden incluso morir. Por eso es tan importante cuidar su medio ambiente.

- Aunque no nos demos cuenta, los pequeños gestos de todos ayudan a proteger la Tierra. Y si no cuidamos nuestro planeta, no sólo los osos polares estarán en peligro, sino todos los seres vivos, animales, plantas... Y hasta nosotros, los seres humanos, ya que todos convivimos en él.

Yo no quería que la Tierra corriera peligro por nuestra culpa, así que le pregunté a Olaya:

- ¿Y qué podemos hacer para cuidar la Tierra?
- Nosotros no podemos hacer nada porque somos pequeños –dijo Mayalí un poco triste al darse cuenta de que el problema era difícil de solucionar.
- ¡Claro que podéis hacer cosas! Muchas de ellas son tan fáciles que no importa si sois niños o mayores.
- Por ejemplo, no tirar los papeles al suelo, ni dejar basura cuando vas al campo, eso es cuidar el medio ambiente, ¿verdad? –dijo Diego, queriendo impresionar a Olaya.
- ¡Muy bien, Diego! Eso es muy importante, pero aún hay más. ¿Qué me decís de lo necesarias que son el agua o la energía?
- En clase, Alba, nuestra profe, nos dice que sin agua no podemos vivir –recordó Inés.
- Tiene toda la razón. Además, algunos trucos para ahorrar agua son facilísimos; por ejemplo, cerrar rápidamente el grifo cuando no lo necesitemos, como cuando te lavas los dientes o mientras te enjabonas las manos. También algo tan sencillo



como acordarse de apagar todas las luces cuando no queda nadie en una habitación es una manera de ahorrar energía.

Los cinco estábamos de acuerdo con Olaya: nosotros podíamos hacer todo eso, así que cuando salimos de la clínica decidimos que, a partir de ese momento, nos tomaríamos más en serio eso de cuidar nuestro planeta.



¿CAMBIAR EL CUENTO?

Como mañana es sábado y no tenemos que ir al cole, Inés y yo les hemos pedido permiso a nuestros padres para dormir las dos en mi casa.

Hemos estado jugando con mi hermano al parchís y a la oca y nos hemos reído muchísimo. Cuando nos íbamos a meter en la cama, queríamos que alguien nos leyera un cuento, pero mi madre estaba ocupada en el ordenador y mi padre estaba en la cocina terminando de recoger las cosas de la cena, así que se lo hemos pedido a Dani:



- Bueno, vale, ¿cuál queréis? –nos ha preguntado.

Nos hemos acercado a la estantería de los cuentos y de entre todos los libros Inés ha elegido uno que se titula “*La princesa y el dragón*”.

- Venga, que empiezo:

“Había una vez, en un país muy lejano, una preciosa princesa que se pasaba el día mirándose al espejo y admirando su belleza. Continuamente peinaba sus largos cabellos rubios y se pintaba los labios de color de rosa para estar siempre perfecta...”

- ¡Pues qué princesa más cursi! –interrumpí yo.

- Con lo que nos gusta a nosotras jugar y correr en el patio. ¡Seguro que no jugaba en el jardín para no mancharse el vestido! –añadió Inés. Y las dos nos echamos a reír.

- No empecéis a interrumpir, que os conozco. Yo sólo leo lo que pone aquí. Sigo:





“...En otro país, también bastante lejano, vivía un príncipe. Este príncipe era el mejor guerrero de su reino y desde muy pequeño había aprendido a utilizar las armas. Su espada y su caballo eran sus mejores amigos.”

- ¡Qué aburrido es ese príncipe! Sólo pelear todo el día. Además, en mi clase, los chicos juegan también a otras cosas. Nosotras siempre jugamos con Diego y con Fernán y nos divertimos mucho.

- ¿Y no tenía más amigos que su espada y su caballo? Vaya rollo de príncipe –dijo Inés sorprendida.

- Bueno, vamos a ver cómo sigue:

“Un día, la princesa estaba tan tranquila probándose una nueva corona que le había regalado el rey, su padre, cuando de repente un enorme dragón de escamas verdes y azules, que tenía grandes alas y echaba fuego por la boca, derribó con su gigantesca cola las paredes de la torre donde se encontraban los aposentos de la princesa, agarró a ésta entre sus dientes y se la llevó volando.”

“El rey, muy preocupado por su indefensa hija, mandó mensajeros a todos los reinos conocidos para buscar un valiente guerrero que rescatara a la princesa de las garras del dragón. Cuando nuestro príncipe se enteró de que la princesa había sido raptada por el dragón, montó en su caballo y salió en su busca inmediatamente. Tras varios días de viaje, llegó a unas montañas sobre las que se alzaba un viejo torreón a cuyas puertas dormía el dragón.”





- Seguro que ahora el príncipe lucha contra el dragón y salva a la princesa –interrumpí yo de nuevo.

- A lo mejor el dragón se está echando la siesta después de haberse comido a la princesa –se le ocurrió a Inés haciéndonos reír otra vez.

- Esperad, dejadme terminar. Volvió a decir Dani, un poco fastidiado por nuestras interrupciones.

“El príncipe se acercó al torreón con su caballo al galope, y en un descuido del dragón, sacó su espada y se la clavó en el corazón.”

- ¡Pobre dragón! Se le podía haber ocurrido otra cosa en vez de matarlo... –ahora era Inés la que interrumpía.

- ¡Claro! Si en vez de aprender sólo a pelear hubiera aprendido, por ejemplo, música, podría haberle dormido con una flauta mágica –dije yo para apoyar la idea de Inés.



- ¡Ya estoy harto! El cuento es así –se enfadó Dani–. Además, si la princesa no hubiera sido tan presumida, habría aprendido a trepar a los árboles y se hubiera escapado solita por la ventana del torreón.

Nos quedamos mirándonos en silencio y de repente nos entró la risa a los tres y no podíamos parar de reírnos de los príncipes del cuento.

Mis padres entraron en la habitación al oír nuestras carcajadas.

- ¿Qué es lo que os hace tanta gracia? –preguntó mi padre.

- Papá, este cuento está pasado de moda, será mejor que busquemos otro en el que los personajes se parezcan más a nosotros –le contesté yo aún entre risas.

- Se me ocurre una idea mejor –añadió mi madre–, ¿por qué no escribís el cuento de nuevo? Podéis cambiar las cosas con las que no estáis de acuerdo e inventar una historia distinta, en la que los protagonistas pueden ser como vosotras queráis. ¿Qué os parece?

Nos pareció una idea buenísima y, entre las dos, nos inventamos una nueva historia en la que la princesa era una experta domadora de dragones y el príncipe un hábil músico y poeta, y juntos vivían muchísimas aventuras.



Este libro nace desde el departamento de Sensibilización de la Fundación para el Desarrollo de la Enfermería (FUDEN), para que todos los jóvenes, padres, madres y profesionales de la educación dispongan de una herramienta con la que trabajar y reflexionar juntos sobre la realidad actual.

Pretendemos lograr el entendimiento de una sociedad global en el que cada uno de nosotros somos los principales protagonistas en la búsqueda de un mundo más justo.



